



DARK BLUE
TALAVERA NEGRA I

José Sánchez Calderón

DARK BLUE
TALAVERA NEGRA I



Primera edición: enero de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Sánchez Calderón

ISBN: 978-84-19595-74-4

ISBN digital: 978-84-19595-75-1

Depósito legal: M-1704-2023

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis compañeras y compañeros
del grupo BANCAYA C.E.,
cuyos ánimos y aportaciones contribuyeron
a que esta novela vea la luz.*

*In memoriam:
A Concha Nieto Sánchez,
a ella le hubiera gustado participar
de la celebración de esta edición.*

Todos los personajes que aparecen en la historia son ficticios, salvo algún guiño inocente, y las situaciones que se producen son atribuibles en exclusiva a la imaginación del autor. Las instituciones que se citan y la actitud de sus miembros se expresan en un contexto absoluto de licencia literaria, sin que lo escrito suponga juicio alguno sobre ellas ni pretensión de reflejar su realidad.

Parque del Cañillo (Talavera de la Reina),
8 de octubre de 2013

Es curioso cómo se perciben los velos en la oscuridad. Entre esa mujer y yo había innumerables capas de sombra y a ella casi no podía distinguirla. Me llegaba un destello desde su posición y estaba cada vez más débil, pero no quería caer. Sabía que no debía caer.

Era cansado conservar la pistola en la mano, como era trabajoso luchar para no desvanecerme. Los velos se espesaban en la negrura y dejé de verla, pero seguía distinguiendo ese maldito reflejo. Había decidido abandonarme cuando aprecié que el destello se desplazaba hacia mí. Apreté el gatillo y el estruendo del disparo me absorbió como un agujero negro. Se me doblaron las piernas y, como los velos, me disolví también en la negra noche.

Abrí los ojos y debí cerrarlos de inmediato. Demasiada luz. Me llegaban sonidos de conversaciones y de objetos que se movían, chocando unos con otros. No sabía dónde estaba, pero estaba bien. Era como si un sentimiento de euforia, amortiguado por el sueño, me recorriera, atravesara mi cuerpo y se instalara en mi mente, en la rendija de cerebro que estaba en contacto con ese momento.

—Vaya, Dulce, te has despertado, por fin. No te preocupes. Está todo bien.

Era un hombre el que me hablaba, pero no lo conocía. Parecía amistoso. Decidí volver a abrir los ojos, con cuidado. La luz volvió a molestarme, pero menos. Cerré los ojos de nuevo y los reabrí. No conocía ese lugar.

La voz regresó hasta mí y se inclinó, acompañada por una sonrisa. Era un hombre joven, vestido de blanco.

—Hola, Dulce. Me llamo Jorge y soy tu enfermero. Estoy aquí para lo que necesites. ¿Cómo te encuentras?

A duras penas, fui asumiendo que estaba en algo así como un hospital. No sabía qué había sucedido.

—¿Por qué estoy aquí?

—¿No lo recuerdas? Vale, te cuento. Eres policía. Supongo que de eso sí te acuerdas.

—Claro.

—Por lo que me han dicho, te enfrentaste con una delincuente y te propinó una cuchillada que casi te secciona la arteria subclavia. Perdiste mucha sangre y le debes la vida a los compañeros de la ambulancia que acudió a socorrerte. Te trajeron al hospital y te han operado de urgencia. Todo ha salido bien y estás en la Unidad de Cuidados Intensivos. Te han puesto mucha sangre nueva y, ahora mismo, estás recibiendo suero, antibióticos y analgésicos. Es probable que todavía queden algunos efectos de la anestesia. Si te entran ganas de bromear, igual es eso.

—Ya recuerdo, ¿y la otra mujer?

—Creo que le pegaste un tiro.

—¿Está muerta?

—Sí.

—Gracias, Jorge.

Tanta conversación me fatigó. Volví a cerrar los ojos y, entonces sí, afluyeron a mi memoria recuerdos del parque del Cañillo. Así que la maté. Nunca había matado antes, pero no sentí pena, ni alegría. No sentí lo más mínimo por aquella tipa a la que no había visto hasta esa noche, aunque me sacudió un leve estremecimiento.

Estaba viva y había salido con bien de aquel embrollo. Me invadió una sensación de bienestar y supe que no eran los estertores de la anestesia. Me deslicé hacia el sueño, de nuevo. Jorge me contó más tarde que me dormí con una sonrisa.

Al día siguiente dejaron pasar a mis padres. Mi madre me comía con los ojos y no sabía contener las lágrimas. Me transmitía mucho cariño, así que le sonreí todo lo que pude. Mi padre sí sabe contener las emociones, demasiado. Se ha pasado la vida haciéndolo, pero la caricia que me regaló, rozando la mejilla como con miedo a hacerme daño, iba cargada de ternura, tal vez el gesto más amable que me había dedicado en toda su vida.

Fue una visita muy corta. Jorge los hizo salir de la habitación y luego se acercó a la cama.

—Está ahí tu comisario, según me han dicho, y quiere hablar contigo. Yo creo que por esta mañana tienes suficiente. ¿Te parece bien que le mande venir por la tarde?

Cogí su mano y le dediqué una sonrisa fatigada. Asentí en silencio.

—Gracias, Jorge.

Por la tarde llegó el comisario Olaizola. Es un hombre alto, fuerte, bien trajeado, de apariencia un tanto impresionante. Al menos, siempre me impresionó estar frente a él.

—Buenas tardes, agente Soto. ¿Cómo se encuentra? —La voz era grave, armónica. Parecía un locutor.

—Un poco débil todavía, pero estoy bien. Gracias por interesarse, comisario.

—Faltaría más. Ha hecho un gran servicio a la ciudad, a riesgo de su propia vida. Esa asesina no volverá a atacar a más jóvenes. Quiero que sepa que la he propuesto para una condecoración.

—Muchas gracias.

—No las merece. De lo que quería hablarle es de otra cosa. Ahora está débil y vamos a dejar entre todos que se recupere, pero

debe saber que se ha abierto una investigación sobre las circunstancias en que se produjo su encuentro con la asesina y el funcionamiento del equipo de apoyo. Es muy importante que no hable con ninguno de ellos hasta que la investigación haya concluido. Les hemos prohibido de forma expresa que se acerquen por la habitación. Cuando los médicos y usted misma notifiquen que puede hacerse, los policías encargados de la investigación serán sus únicos interlocutores. ¿De acuerdo?

—Lo que usted diga, comisario.

—Muy bien, Soto. No le molesto más. Tiene que saber que usted no es objeto de investigación, en lo más mínimo. Su actuación fue totalmente ejemplar y mató a esa mujer en legítima defensa. Deseo que pase una buena noche y que su recuperación vaya lo mejor posible.

—Gracias, comisario. Buenas noches.

Así que iban a investigar al equipo. No sabía qué les pasaría, pero allí los eché de menos, al principio. Después de la cuchillada, ya no, porque lo único que sentía era que me estaba muriendo y aquella individuo me iba a rematar de un momento a otro.

Tres días después, cuando ya me habían cambiado a planta, el compañero que custodiaba la entrada de la habitación se asomó para decirme que tenía visita.

Eran dos hombres, vestidos con traje. A uno, de estatura mediana, corpulento, con algo de tripa y una buena mata de pelo, entrecana y un poco alborotada, lo conocía. Nada menos que el policía más prestigioso de la comisaría y responsable de investigar los homicidios, una leyenda entre nosotros, los policías más jóvenes. Al otro no lo había visto antes. Era más alto y más delgado, con la expresión muy seria. Cuando ya estaban dentro, pidieron permiso para pasar. «Habrà que concedérselo», pensé. El primero tomó la iniciativa.

—Buenos días, agente. Supongo que me conoce, soy el inspector Castillo. Me acompaña el inspector jefe Ordóñez, de la Jefatura

Superior de Toledo, que es quien está al mando de la investigación. Queremos que nos cuente, con el máximo detalle posible, lo que sucedió la noche en la que se enfrentó a Vanessa Méndez. Si en algún momento se encuentra indispuesta o se siente demasiado cansada para seguir contestando a nuestras preguntas, díganoslo y continuaremos en otro momento. ¿Está en condiciones de que empecemos?

Me sentí un poco impactada, por la personalidad de mis visitantes y por lo formal de la situación, pero no quedaba otra que empezar.

—Cuando ustedes lo ordenen.

Me contestó Ordóñez.

—No estamos aquí para darle órdenes, agente Soto, sino para agradecerle su colaboración. Voy a hacerle una sucinta exposición de hechos y usted me rectifica cuando lo vea conveniente o añada cualquier extremo que se me haya escapado.

—Muy bien, inspector jefe.

—La noche del pasado 8 de octubre, usted formó parte de un dispositivo establecido para atrapar a un asesino en serie que ya había matado a tres mujeres jóvenes en Talavera de la Reina. Se sabía de él que sorprendía a las chicas cuando corrían por los parques, ya de noche, las acuchillaba, les robaba y desaparecía sin dejar el menor rastro. El dispositivo consistió en poner a tres agentes femeninas de la comisaría, las más jóvenes, y usted entre ellas, a correr en las zonas donde el asesino ya había actuado, con la esperanza de que lo intentara con alguna de ustedes y así poder detenerle. Las tres iban armadas y contaban, cada una, con un dispositivo de apoyo integrado por un subinspector y dos agentes de paisano, que tenían la orden de intervenir a la menor indicación por parte de cualquiera de ustedes. La comunicación con sus respectivos apoyos estaba cubierta por un sistema de audio compuesto de un micrófono y un pinganillo, que se había verificado y comprobado que funcionaba a la perfección. ¿Está de acuerdo con todo lo que acabo de decir?

—Sí, inspector jefe. Así fue.

—¿Su equipo de apoyo estaba comandado por el subinspector Monge?

—Sí.

—Cuéntenos, entonces, según lo que recuerde, qué sucedió al acercarse al túnel donde fue atacada.

Cerré los ojos por un momento y tragué saliva. No había dejado de pensar en aquel momento y tenía los recuerdos presentes, demasiado, hasta el momento en que perdí el conocimiento. Escuché mi voz relatando aquello y me sorprendió no percibir emociones en mi tono. Fue como si un relator externo lo explicase por mí.

—Pasaba cerca del túnel que comunica con la feria cuando oí a una mujer pidiendo ayuda a gritos. El túnel estaba muy oscuro y tuve que acercarme para ver qué sucedía. En ese momento lo comuniqué por el micrófono. Vi salir del túnel a una mujer joven, vestida con un chándal oscuro. Parecía agitada y hablaba entrecortando las frases. Me dijo que un tipo había corrido tras ella y que estaba asustada. Volví a comunicar con el equipo de apoyo, al tiempo que me acerqué más al túnel para comprobar si había alguien. Percibí un movimiento junto a mí y me volví a tiempo de ver a la mujer del chándal oscuro que se me venía encima con un cuchillo en la mano. Intenté apartarme, pero no pude evitar que me alcanzara. Tal vez, si no hubiera tratado de esquivarla, me habría dado más de lleno, no lo sé. Di un paso hacia atrás, saqué mi arma reglamentaria, grité que era policía y le ordené que arrojara el cuchillo al suelo, pero no me hizo caso. Estaba perdiendo mucha sangre, lo sentía y me estaba mareando muy deprisa. La mujer pareció darse cuenta, porque seguía frente a mí y percibía su cuchillo junto a ella. Creo que volví a pedir ayuda. Sentí que me desmayaba y ella venía hacia mí. Según parece, disparé mi arma, aunque eso no lo recuerdo muy bien. Perdí el conocimiento y lo recuperé aquí, en el hospital, un tiempo después de volver del quirófano.

Acabé la exposición muy cansada, con la boca seca. Mientras hablaba, me noté en tensión, tratando de no olvidar ni un detalle. Al terminar, me dejé caer sobre la cama, aunque no había dejado

de estar tumbada. Supongo que se dieron cuenta, porque el inspector Castillo me acercó un vaso de agua.

—Lo está haciendo muy bien, Soto, y demostró tener un gran valor en la situación. ¿Recuerda dónde se encontraba el dispositivo de apoyo durante la misión?

—Creo que estaban en un coche, junto al parque, en la Ronda.

—¿Sería capaz de estimar cuánto tiempo transcurrió entre el primer aviso que dio al ver a aquella mujer y el momento en que se desmayó?

—Fue todo muy rápido, inspector. No lo sé.

Ordóñez puso fin al interrogatorio.

—Lo ha hecho usted muy bien, agente y creo que se merece un descanso. Ya vendremos otro día si lo vemos necesario. Le deseo un pronto y completo restablecimiento.

—Gracias, señor.

El inspector Castillo se acercó hasta la cama y rozó mi hombro con la yema de los dedos.

—No tenga prisa, Soto. Sobre todo, póngase bien.

Devolví la sonrisa al inspector y lo vi salir de la habitación junto a su compañero. Fue curioso, porque llegué a percibir en mi superior un afecto que no distaba tanto del que me había intentado transmitir mi propio padre.

Creía no haber olvidado nada importante. Estaba claro que indagaban si el apoyo había funcionado como debía.

Me informaron del resultado de la investigación cuando estaba a punto de recibir el alta en el hospital. Consideraron demostrado que la organización del apoyo fue poco adecuada para dar cobertura a la agente, o sea, yo, en todo el recorrido del parque. La zona en que me atacaron estaba demasiado alejada del lugar donde permanecieron los tres policías dentro del coche.

Pareció probado que el responsable del operativo no planificó la mejor disposición de sus miembros, además de reaccionar tarde

a mis mensajes. El éxito de la operación se debió, en exclusiva, a la reacción heroica de la agente, una servidora.

El subinspector Monge fue apercibido formalmente por negligencia en el cumplimiento de las funciones y órdenes recibidas, y se presentó la propuesta para concederme la Cruz del Mérito Policial con Distintivo Rojo, por haber resultado herida en acto de servicio.

PARTE I
SUBINSPECTORA DULCE SOTO

CAPÍTULO I

Ismael Galindo había superado la cuarentena sin acabar de tomar conciencia de que su vida había sido poco más que una mierda. Completó los estudios de Derecho en ocho años. Sus padres, nada sobrados de dinero, lo mantuvieron y sufragaron sus gastos con la débil esperanza de que aquel hijo huraño y perezoso llegara a ser algún día lo que ellos no pudieron ni soñar.

Por fin, consiguió la licenciatura y un contrato de pasante en un lúgubre despacho de la Gran Vía madrileña. Harto de hacer fotocopias y después de observar que buena parte del trabajo que llegaba a aquel despacho consistía en protocolos rutinarios, decidió que allí no iba a progresar y que podría ganar más dinero entre el turno de oficio y cuatro cosillas que le salieran.

Agotando los últimos recursos financieros de sus progenitores, abrió su propio despacho tres portales más abajo, amueblándolo con desechos de segunda mano. Convino con una administrativa de su anterior trabajo que filtraría los casos que pudiera del despacho y se los desviaría, a cambio de una comisión, por supuesto.

Por increíble que pareciera, consiguió sobrevivir y mantener aquella oscura oficina, más tabaco y alcohol, con sus propios medios. La comida y el alojamiento los siguieron proporcionando los de siempre.

En esas andaba cuando un buen día pareció que la fortuna había reparado en él. Un tipo alto y enjuto se presentó en su cuchitril. Conocía su nombre y su abundante tiempo libre, así que le entró sin rodeos. Recibiría poderes de una sociedad afincada en Baha-

mas, a través de la cual realizaría la compra de dos terrenos rústicos en localidades próximas a Talavera de la Reina. Los terrenos iban a ser recalificados más adelante para permitir su uso urbanístico. Después de ese cambio, los vendería a una constructora. Todos los trámites serían legales y él recibiría, además de una cantidad para sus gastos, una remuneración de cincuenta mil euros por cada uno de ellos.

Ismael tragó saliva antes de aceptar. Aquel hombre le estaba ofreciendo más del doble de todo lo ingresado en el año anterior. Por fin, un buen cliente delante de su mesa. Cerrado el trato, realizó las gestiones encargadas sin contratiempos y, pocos meses después de aquella entrevista, recibió sus cien mil euros.

En estos momentos era un hombre feliz. En un alarde de generosidad, compró un televisor nuevo para sus padres que, por fin, vieron medrar al hijo por el que tanto habían apostado.

Llamaron a la puerta del despacho y los ojos se le iluminaron al reconocer ante él a su benefactor. Ni siquiera se fijó en la pistola con silenciador desde la que le llegó un balazo al abdomen y otro al pecho. Murió sin haber tenido tiempo de construir la sonrisa con la que pensaba corresponder a su visita.

*

Paquita de Gregorio se metió en política porque le apetecía hacer las cosas bien y, sobre todo, porque era ambiciosa. Su entorno le puso fácil ser de izquierdas y el partido que eligió tampoco le exigió un viaje iniciático al modo de los viejos masones regulares. Pasó de aprendiz a compañera por una inercia poco trabajosa y cuando hubo que rellenar las listas se le propuso presentarse por Cazalegas. Viviendo en Talavera, no le vino mal del todo, de modo que aceptó encantada. Ganaron las elecciones y a ella, que había estudiado Marketing, le correspondió la Concejalía de Urbanismo.

Le fue bien y obtuvo sus pequeñas mordidas de la gestión cotidiana. Le hubiera bastado para vivir bien, pero estaba sola, era

poco sociable y follaba muy poco, casi nada. Total, que, poco a poco, había ido encontrando en el juego su única fuente de excitación.

Era poco sofisticada y no se atrevió a zambullirse en las grandes contiendas del azar, la habilidad y las trampas. Solo jugaba a la bonoloto, la primitiva, la lotería, el sorteo de la ONCE y el bingo. Lo de los sorteos ya era un hábito adquirido y le costaría prescindir de ello, pero el bingo la ponía de verdad. Cantar una línea comenzaba a humedecerla y, si cantaba bingo, se sentía al borde de una explosión de endorfinas. No acababa de tener claro si era un hábito saludable o no, pero no tenía la menor intención de dejarlo.

Era tarde y había permanecido en el Bingo hasta la madrugada. No fue un buen día con los cartones. Cavilando acerca de sus miserias, caminaba por la plaza del Padre Juan de Mariana en dirección a su ático. Sus pasos eran mecánicos. Dejó atrás la churrería sin dedicar siquiera una mirada a su fachada, bellamente ornamentada con cerámica. Avanzó por su calle, ignorando al teatro Palenque y al palacio renacentista que la flanqueaban. Distraída como iba, no advirtió la figura que se acercaba por su espalda. No tendría ocasión de hacerlo ya: dos balas, emergiendo desde un silenciador, le atravesaron la espalda y el pecho y acabaron con su vida. Un individuo alto y delgado llegó a su altura y continuó caminando mientras guardaba su arma.

*

Cuatro años después de los sucesos del Parque del Cañillo, la oficial Dulce Soto finalizó el curso de capacitación que la acreditaba como subinspectora del Cuerpo Nacional de Policía. Antes debió superar el concurso oposición y las pruebas de aptitud, además de la formación a distancia, que realizó durante otros tres meses, compatibilizándola con sus funciones habituales. Más tarde, pasó tres meses en Madrid, en el Centro de Formación del Cuerpo Nacional de Policía de Carabanchel. Algo más de dos años antes había

conseguido el ascenso a oficial y, entre tanto, terminó el grado de Criminología, condición necesaria para optar a la plaza de subinspectora. Habían sido cuatro años duros de estudio y trabajo, pero, al final, estaba consiguiendo alcanzar sus metas.

No se había enterado siquiera del asesinato de la concejala el día anterior y menos aún del de aquel triste abogado que había muerto en la mañana del mismo día y del que nada se sabía todavía en Talavera. Se presentó ante el comisario como formalidad necesaria y con el propósito de conseguir un buen destino de trabajo.

Le extrañó que la hiciera sentar y se pusiera a charlar con ella, como sin prisa. No sabía que esperaban a quien se convertiría en su jefe inmediato.

El inspector saludó a Dori, que le devolvió una sonrisa un tanto insinuante.

—Buenos días, inspector, le está esperando.

Llamó a la puerta del despacho del comisario Olaizola y la inconfundible voz de su superior le indicó que pasara.

—Buenos días, comisario. —Se sorprendió al ver que el comisario estaba acompañado.

La miró con curiosidad, sin atreverse a saludar hasta asegurarse de quién era. Por fin lo consiguió y lo demostró con una amplia sonrisa.

Dulce se había arreglado con especial esmero para aquel día. Quería que el estreno de su nueva categoría en la comisaría revisitiera la dignidad adecuada, pero tal vez se excediera un poco. Maquillada con mesura y cierto gusto, dentro de un traje gris ajustado y zapatos de tacón bastante alto, el pelo muy corto, presentaba una imagen bastante diferente de la habitual, vestida con el uniforme azul oscuro. El comisario, prudente él, se había limitado a insinuar una sonrisilla picarona al saludarla, pero lo del inspector Castillo fue más llamativo.

—Por Dios, oficial Soto, no la había reconocido. Viene usted mucho más arreglada de lo habitual y así, sin uniforme...